

del Faraon, corriendo su manutencion á cargo de la corte. Esta fuerza no constituyó nunca, que nosotros sepamos, un firme apoyo del gobierno, antes bien la envidia que hacía las tropas mercenarias sentia costó el trono y la vida al biznieto de Psammético.

Peligroso en extremo era el experimento, que intentó el gobierno, de tener á raya por medio de mercenarios nuevos á los descendientes de los antiguos; cierto que á ello habian conducido los acontecimientos políticos, pero ya se comprenderá que con tal proceder se exponian los gobernantes á sustituir la antigua soberanía militar por una nueva. Por el momento pudo evitarse este peligro por la fortaleza del gobierno y por la abigarrada mezcla de mercenarios, procedentes de las mas distintas tribus y de los territorios donde se hablaban los mas diferentes idiomas, pero aun así no dejaron de ocurrir en Egipto algunas colisiones y revueltas de las que son consecuencia natural del sistema de mercenarios. Sabemos, por ejemplo, que en tiempo de Apries la poblacion de Elefantina intentó sublevarse y huir al desierto y que solo con riesgo de su vida pudo el comandante Nsihor engañar á los rebeldes y entregarlos al rey, que hacía allí se dirigia y que les mandó dar muerte (1).

De lo que llevamos dicho se desprende que los reyes de la dinastía vigésima sexta disfrutaron, desde un principio, de una posicion mas libre pero al propio tiempo mas expuesta que los antiguos Faraones, habiendo sido de hecho los precursores de los Tolomeos. Su Estado solo en parte era nacional, estando ellos mismos bajo muchos conceptos por encima de la nacion que gobernaban. Aun prescindiendo de su origen extranjero, ninguno de ellos consiguió contentar á los egipcios y especialmente á los sacerdotes (2), á pesar de haber alguno intentado hacerles todo el bien posible. Otros intereses y otras tareas figuraban á la sazón en primer término; los últimos siglos habian demostrado que la nacion habia perdido la aptitud para existir por su propia fuerza y para atender por sí misma á sus intereses.

Es indudable que Psammético y sus descendientes escogieron con toda intencion por residencia la ciudad de Sais, sin perjuicio de honrar, al propio tiempo, á Menfis como la capital mas antigua del país. Así, pues, permanecieron alejados de los principales centros de la vida y de la inteligencia egipcia; la raíz de su fuerza estaba en los libios y en la alianza con el extranjero, y por esta razon su política fué tan distinta de la de los anteriores Faraones. Los reyes egipcios siguieron entonces por vez primera una amplia política mercantil, favoreciendo el tráfico con el extranjero, y durante sus reinados llegaron á Egipto y se establecieron allí definitivamente muchos comerciantes fenicios, judíos, sirios y griegos. Esto dió origen á la opinion, tan extendida en la antigüedad como en los modernos tiempos, de que hasta el reinado de Psammético estuvo el Egipto cerrado para los extranjeros, fábula tan poco fundada, de fijo, como la tan corriente de la incomunicacion de China. Los egipcios, á quienes sus ideas religiosas tanto coartaban la libertad de movimiento, consideraban á los extranjeros como impuros y se guardaban muy mucho, por ejemplo, de comer con ellos (Génesis, 43, 32), y toda la aficion que tenian por recorrer el río se trocaba en repugnancia, á pesar de sus viajes á Punt, cuando se trataba

(1) Inscripcion de Nsihor, segun la explicacion de Maspero y de Brugsch: *Revista Egipcia*, 1884, 88 97; Wiedemann, á quien yo seguí en mi *Historia de la Antigüedad*, tomo I, § 497, entendió mal esta inscripcion y creyó que se referia á las luchas con Babilonia.

(2) Aquí debemos consignar la afirmacion de Hecateo (Plut.: *De Is.*), contraria por lo demás á todos los hechos, de que Psammético fué el primer rey que bebió vino, bebida antes considerada como impía (en realidad no falta en ningun sacrificio). Véanse las anécdotas de la aficion de Amasis á la bebida.

del mar ilimitado, infructífero y maligno, creacion y patria del malvado Set. Durante la vigésima sexta dinastía mas bien se aumentó que se disminuyó esta repulsion á todo lo extranjero, pero estos sentimientos no impidieron á los egipcios comerciar con los extranjeros cuando de ello reportaban beneficio. Ya hemos visto que desde muy antiguo no solo existia un animado comercio entre Egipto y los países vecinos, sino que tambien los negros, los kuschitas, los sirios y los libios se establecieron en gran número en los territorios egipcios, mezclándose con la poblacion indígena y aun introduciendo en ella sus dioses y su idioma. La novedad que Psammético y sus sucesores introdujeron en este estado de cosas consistió en favorecer este tráfico mucho mas que antes y en hacer que intimara con los egipcios un nuevo pueblo, el de los griegos, cuya manera de pensar y cuyas costumbres diferian mas de las de los egipcios que las de los asiáticos y africanos.

En efecto, Psammético fué el primero que abrió el Egipto á los griegos, entre los cuales no se habia extinguido el recuerdo del poderoso y rico Estado del Nilo desde el tiempo en que las factorías fenicias del mar Egeo pagaban tributo á los reyes de Tebas. Los navegantes griegos, desde las invasiones de los pueblos marítimos del siglo XII, habian desembarcado en las costas del delta, unas veces como piratas y otras como naufragos allí arrojados por la tempestad. Posteriormente la imagen de aquel país fué tomando poco á poco formas mas determinadas. Uno de los mas jóvenes prisioneros de la *Ilíada* conoce la rica ciudad de Tebas con sus cien puertas, por cada una de las cuales salían doscientos hombres con sus caballos y sus carros (3); en las partes de la *Odisea* que aparecieron despues ya no se considera como hecho extraordinario el que un comerciante vaya á Egipto para hacer negocio y aun para saquear. Tambien se habla en este poema de algunos conocimientos médicos de los egipcios: «El país posee muchas yerbas salutíferas unas y perjudiciales otras, y cada cual es allí un médico entendido que sabe mas que los demás hombres.» Estos párrafos que pertenecen á la *Telemaquia* (4) difícilmente son posteriores á la época de Psammético.

Desde mediados del siglo octavo antes de J. C. la nacion helénica habia tomado grande y no interrumpido vuelo; sus barcos surcaban en todas direcciones el Mediterráneo, poblado de colonias y factorías las costas de Sicilia, de la Baja Italia, del Asia Menor, de la Tracia y de la Crimea, haciendo cada día mayor competencia á los fenicios y procurando á toda costa arrebatarles el comercio de la mitad oriental del Mediterráneo. Mientras las grandes ciudades mercantiles de la madre patria, Corinto y Calcis, ocupaban y abrian al comercio griego los territorios occidentales como la Italia y Sicilia, los jonios del Asia Menor figuraban en primer término en las regiones del Este. Esto sentado, fácilmente se comprenderá que el nombre jonio (Jawan) sirviera á los orientales desde el tiempo de los asirios para designar genéricamente á los griegos. En el siglo séptimo antes de J. C., la mas floreciente de todas las ciudades griegas era Mileto, detrás de la cual venian Samos, Chios, Focea, Teos y otras, la semi-jónica Halicarnaso, la dórica Rodas y la eólica Mitilene. Tambien Egina sostuvo animado comercio con las regiones del Este. Con los griegos del Asia Menor rivalizaban sus vecinos los carios, desde muy antiguo familiarizados con la civilizacion helénica y conocidos y famosos como valientes guerreros y atrevidos marinos y piratas. Es natural que los navegantes griegos visitaran tambien las costas de Africa, por mas que estas no ofrecieran ningun puerto bueno y que solo pudiera llegarse á ellas cruzando diagonalmente el mar. Allí por el

(3) *Ilíada*, IX, 381. De allí lo toma la *Odisea*, IV, 126.

(4) *Odisea*, IV, 125, 228, 351, XIV, 246, y tomado de aquí, XVII, 427.

año 630 antes de J. C. los dorios de la isla Thera desembarcaron en las costas de la tribu de los libios (que tomada en sentido estricto ocupaba la meseta de Barka y de Bengasi) y en ellas, aunque un poco hácia el interior en la meseta, que era el sitio predilecto en anteriores tiempos, fundaron la ciudad de Cirene. Pronto vinieron á agregarse á ésta otras muchas factorías, tales como Barka, Taucheira, Euhespérides, constituyendo desde entonces las ciudades de la Cirenaica un miembro importante de la vida y de la civilizacion griegas.

Ya hemos visto de qué manera las circunstancias políticas abrieron el camino de Egipto; desde el momento en que éste quedó abierto, no pasaba año sin que salieran de Teos, Colofonte, Rodas y Halicarnaso algunos jóvenes aficionados que, encontrando demasiado estrecha para su afán de aventuras la madre patria, se dirigian á Egipto, del propio modo que en aquel mismo tiempo vemos á un noble de Mitilene, hermano del poeta Alceo, servir en las filas del ejército babilónico. Natural era que los comerciantes y los marinos mercantes siguieran á los mercenarios, siendo muy bien acogidos por el gobierno extranjero. Ignoramos, porque acerca de ello nada nos dicen los monumentos, hasta qué punto pudo haber existido tambien en otros tiempos un tráfico mercantil en otros brazos del Nilo que no fuesen los mas próximos al Asia como Pelusium, Tanis y la ciudad de Ramsés; pero por lo que hace al período que nos ocupa, los brazos occidentales del Nilo adquirieron una gran importancia comercial: á la entrada del brazo bolbitánico, donde está situada Sais, fundaron los milesios una factoría fortificada (1), ejemplo que fué imitado por otras ciudades griegas como Samos. Los comerciantes se diseminaban por todo el Egipto, así es que en Menfis junto al barrio tiro, probablemente mas antiguo, encontramos un barrio cario y otro griego (2), y aun dice Herodoto que el gran oasis estaba habitado por los samios. Al número de estos griegos hay que añadir el de las considerables tropas mercenarias de los campamentos y sus descendientes. De esta suerte íbase formando una casta de intérpretes que llegaron á ser necesarios como intermedios para el tráfico mercantil entre egipcios y griegos y que en posteriores tiempos sirvieron de guías á estos últimos. Los acontecimientos políticos mas importantes desde el tiempo de Psammético quedaron grabados en la memoria de los griegos. Hombres ilustres y respetados en su patria, como el lesbio Alceo, famoso poeta y guerrero, Charaxos, hermano de Safo, y el mismo Solon, legislador de Atenas, se encaminaron á Egipto, los dos últimos en calidad de comerciantes y el primero quizás de aventurero desterrado, como su hermano. La historia legendaria griega acogió en sus fastos una multitud de figuras egipcias, formándose de este modo una tradicion á menudo extraña y adornada con episodios fabulosos característicos sobre la antigua historia del país y el origen de sus admirables construcciones. Conocidos fueron asimismo por los griegos varios dioses egipcios, como, por ejemplo, el buey Apis de Menfis (en griego Epaphos) y la gran diosa Isis, á la cual confundieron con la heroína argiva *Io*, cuyas peregrinaciones realizadas bajo la forma de una vaca, referia la leyenda. A pesar de todo esto, en el fondo seguian siendo las dos naciones tan extranjeras y suspicaces la una para la otra como actualmente lo son los europeos y los chinos; los egipcios eran á los ojos de los griegos un pueblo raro, de costumbres y dioses extravagantes y dotado de una ciencia primitiva y difícilmente inteligible. La larga historia del país, cuya antigüedad todavia exageraban los sacerdotes, y el exclusivismo de sus ideas y de sus costumbres llegaban á imponer aun á los hombres mas

(1) Estrabon, XVII, 1, 18. Véase Hirschfeld: *Museo Rhiniano*, XLII, página 219.

(2) Steph., Byz. s. v. Ἑλληνικόν y Καριόν.

ilustres y mas maduros pensadores de la joven nacion; y si bien ésta procuraba aprender algo del Egipto y copiar sus artes y sus conocimientos, nunca pudo encontrar la clave del modo de ser de los egipcios. Estos, por su parte, conocian la superioridad que los griegos debian á la viveza de su inteligencia, á su actividad y á su espíritu emprendedor, y procuraban utilizarlos para sus fines, pero nunca les consintieron ejercer en su civilizacion la influencia que durante el Nuevo imperio conquistaron las tribus sirias. Para penetrar en el modo de ser y de pensar de los griegos faltaban á los egipcios voluntad y aptitud.

Los reyes de Sais entablaron relaciones directas con la madre patria de los griegos; sobre este punto arroja una luz especial el acto del poderoso soberano Periandro de Corinto (626-585 probablemente), el cual puso á su sobrino y descendiente el nombre de Psammético. El hijo de Psammético I, Neco II, consagró la cota de armas que habia llevado en la lucha al gran santuario del oráculo milesio de Branchide; en tiempo de su hijo Psammético II, llegó á la corte de este monarca una embajada de Elide pidiéndole, al parecer, consejo sobre el modo de fijar las condiciones de los juegos olímpicos para que resultaran lo mas imparciales posible.

No fueron los griegos los únicos extranjeros á quienes favoreció la política mercantil de la vigésima sexta dinastía, pues mas estrechas relaciones fundadas en antiguas alianzas debieron de existir entre ésta y las ciudades fenicias. Toda la marina mercante que Egipto poseía estaba en poder de comerciantes fenicios y tripulada por marinos fenicios, que despues demostraron ser muy superiores á los griegos en punto á navegacion y á construccion naval; y si durante el período persa vemos á muchos arameos residentes en Egipto y encontramos empleado con frecuencia su idioma en las transacciones mercantiles, bien puede asegurarse que esto se debe en primer término á Psammético y á sus sucesores.

Que el comercio en el mar Rojo tomó en aquel tiempo nuevo vuelo dedúcese fácilmente del hecho de haber encontrado en una pared de roca del Wadi-Gasus, en el camino que conducia al antiguo puerto del imperio Medio, los nombres de varias «mujeres de dioses» de esta época. Mas clara aparece aun la importancia del comercio árabe por la circunstancia de haber el rey Neco intentado restablecer una comunicacion directa entre el valle del Nilo y el mar Rojo. El antiguo canal de Ramesces II que atravesaba el Wadi-Tumilat en Pitom, fué prolongado al través del lago Amargo hasta Suez (Klyasma) y ensanchado al propio tiempo de tal suerte que podian navegar por él dos triremes, una al lado de otra. Continuábase trabajando en esta obra, en la que, segun Herodoto, perecieron 120,000 trabajadores (3), cuando fué suspendida, ya, como Herodoto refiere, porque un oráculo vaticinó al rey que aquello redundaria únicamente en beneficio de un bárbaro (Darío), ya, como es mas probable, porque se creyera á última hora que las aguas del mar Rojo estaban á un nivel mas alto que el valle del Nilo y que, por consiguiente, abierto el canal quedaria este valle inundado por las aguas del mar. Posteriormente Darío continuó y terminó la obra (véase mas adelante), que fué objeto de varias reparaciones en tiempo de los Tolomeos y de los romanos, de suerte que, en época posterior, pudo hacerse la travesía entre el Mediterráneo y el mar Rojo. Este antiguo canal no puede, sin embargo, ser calificado de predecesor del actual canal de Suez, con el que únicamente coincide en su extremo, á partir del lago Timsah; las altas cimas de El-Gisir, entre los lagos Timsah y Ballah, no fueron nunca perforadas en la antigüedad.

(3) Es probable que esta cifra no sea exagerada, pues la construccion del canal de Mahmudye, junto á Alejandria, en tiempo de Mehemet-Ali costó la vida á innumerables siervos.

Suspendidas las obras del canal, comenzó Neco otra obra magna, la exploración de las desconocidas costas africanas, enviando para ello buques fenicios al mar Rojo con encargo de regresar por las columnas de Hércules. «Los fenicios al salir del mar Rojo penetraron en el mar del Sur, y al llegar el otoño desembarcaron en el punto donde se encontraban; sembraron allí trigo y esperaron la cosecha; después prosiguieron su viaje hasta que, transcurridos dos años, al tercero pasaron las columnas de Hércules y volvieron a Egipto. Y contaron lo que yo no puedo creer, y conmigo quizás otros, a saber: que durante su travesía alrededor de la Libia tuvieron el sol a la derecha.» En estos términos se expresa Herodoto. Con razón se ha buscado en el último dato una confirmación contundente de la certeza de su noticia, aunque también pudiera ser que los fenicios no hubiesen realizado el viaje de circunnavegación, sino que simplemente hubiesen llegado hacia el Sur hasta el Ecuador (1). De todos modos, me parece que no tenemos derecho alguno para rechazar un dato de Herodoto tan concretamente determinado. Tan atrevida expedición no produjo, que nosotros sepamos, ningún resultado duradero, pues se salía fuera de los límites de lo que aquella época era capaz de concebir y aprovechar moral y materialmente.

La creación de escuadras de guerra compuestas de triremes, así en el Mediterráneo como en el mar Rojo completó la política mercantil de los reyes y aumentó la fuerza defensiva de Egipto (2). Estas escuadras fueron construidas, al decir de Herodoto, por Neco II. En épocas anteriores solo conocemos buques de guerra en el Nilo, que algunas veces fueron utilizados para la defensa de las costas: la escuadra enviada por Hqtschepsut a Punt se componía de embarcaciones mercantes. En cambio, a la sazón entraba Egipto en el número de las potencias marítimas llevando a cabo frecuentes expediciones militares por mar. En tiempo de Jerjes pudo el Egipto aprestar doscientos buques para la escuadra del rey persa (Herodoto, VII, 89).

Egipto necesitaba una transformación así en el interior como en el exterior: del mismo modo que en tiempo de A'ahmes y de Amenemhat I, el país acababa de atravesar una crisis terrible, durante la cual se habían roto las antiguas formas de la vida política y social; entonces la nación había renacido, cual otro fénix, de las cenizas de lo pasado, adoptando una forma nueva y adecuada a sus necesidades. Sin embargo, no estaba ya en condiciones de un verdadero renacimiento y arrastraba una existencia artificial, y aun ésta no sostenida por propias fuerzas. Por eso el Estado constituido por Psammético I llevaba en el fondo impreso el sello de la restauración. Trátase en él de restablecer los grandes tiempos pasados, aunque en la forma en que flotaban en aquellas imaginaciones tan dadas a la fantasía, y desde el punto en que se rescucita el orden de cosas grato a los dioses, se confía en que estos no han de negar ya nunca una protección de la que tanto más se necesita cuanto que no bastan las fuerzas naturales para servir al Estado de sólido apoyo. Los elementos para esta última evolución que cierra la órbita del desenvolvimiento egipcio se hallan ya incidentalmente en la época de la dominación de los mercenarios y de los etíopes, pero el movimiento alcanza ahora su pleno desarrollo. Psammético hubo de inclinarse tanto más a ceder a esta tendencia en lo que

(1) Esta opinión ha sido recientemente reproducida por H. Berger en su *Historia de la geografía científica de los griegos*, tomo I, pág. 37.

(2) Aun cuando el funcionario egipcio Uzahorsutenit, después sumo sacerdote de Sais, dice que en tiempo de Amosis y de Psammético III fué «presidente de los barcos reales», no se refiere a una escuadra, sino a la flotilla del Nilo ó quizás simplemente a los botes destinados a las excursiones del rey y de su corte. Véase Mariette: *Mon. div.*, 34 g.

a la política interior afectaba cuanto que se veía obligado en punto a la organización del Estado y sobre todo a la política exterior a separarse en muchas cosas del modo de pensar y de las exigencias del partido egipcio ortodoxo (3). Ideas por completo análogas a estas prevalecían por aquel mismo tiempo en el Estado que por el Este confinaba con el Egipto, es decir, en el pequeño reino judío, que impulsado por ellas quiso, algo después, en 621, consumada la ruina de la dominación asiria, reconstruir el Estado según la ley divina contenida en el Deuteronomio.

Lo primero que se necesitaba era una purificación radical del sagrado territorio del Nilo, destruyendo en él todo cuanto era odiado por los dioses. Entonces más que nunca se aislaron los egipcios de todos los extranjeros, cuando estos precisamente tenían invadido el país. Con escrupulosidad extraordinaria observábase entonces las leyes de la pureza y los innumerables preceptos del ritual (4). Así como el rey Pi'an-chi prohibió la entrada en su palacio a los que comían pescado, del mismo modo se consideraban impuras en aquel tiempo las tribus pastoriles semi-nómadas del delta (Génesis, 46, 43) y sobre todo los pastores de cerdos; estos últimos «son entre todos los egipcios los únicos que no pueden penetrar en el templo y nadie quiere darles por esposas a sus hijas ni tomar esposa entre ellos, de modo que los pastores de cerdos solo pueden casarse entre sí (5).»

La mitología fué también purificada, desapareciendo por completo las divinidades extranjeras antes tan veneradas. El malvado Set, patrono de los extranjeros, se vió arrojado del Panteón y su nombre y su imagen fueron borrados de todas las paredes de los templos ó sustituidos por los de Thoth ó de Horo (6); el principio hereditario dentro de la clase sacerdotal se aplicó con todo rigor: Herodoto dice: «Cuando muere un sacerdote, su hijo ocupa su lugar,» y la inscripción de Kanope demuestra que este precepto era general en tiempo de los Tolomeos y, al propio tiempo, que el sacerdocio tenía en todo el Egipto la misma organización y se dividía en tres clases. El primer deber del Estado era atender a esta casta, que vivía de las ofrendas que diariamente hacía el Estado a los templos y cuyo patrimonio estaba exento del pago de los impuestos como el de los guerreros, a los cuales eran los sacerdotes superiores en categoría. También parece haber sido aceptada, por lo menos en teoría, la idea de que cada profesión debía formar un gremio cerrado y hereditario, según lo indican las noticias de origen griego, por más que en la práctica no llegara nunca esta teoría a ser por completo realizada. El dato consignado por Herodoto respecto de los pastores de cerdos prueba que las demás clases se casaban entre sí. Ya hemos dicho antes que dentro de la estabilidad de los egipcios era regla desde antiguo generalmente seguida, la de que el hijo heredara la profesión del padre.

En lo demás se procuraba por todos los medios posibles

(3) No considero de todo punto imposible—y en una nota bien puede hallar cabida esta fantasía—que entre Psammético y el sacerdocio hubiera un pacto en el cual el rey, en recompensa de haber sido reconocido por los sacerdotes, confirmara a estos en la posesión de sus bienes y les dejara en el interior libertad amplia para el planteamiento de sus ideas. Que hubo alguna abdicación es indudable, aun sobre cuestiones puramente teóricas: solo así se explica, por ejemplo, la pasajera proscripción de Set.

(4) Véase, por ejemplo, Herodoto, II, 41.

(5) Herodoto, II, 47.

(6) El principio de que «la pronunciación clara de su nombre era odiada por el del reino del Oeste (por Osiris)» (Libro de los Muertos, 44, 4) prevalecía desde hacía mucho tiempo, y por esto se escribía «el hijo de Nut,» ó «gran poderoso.» Seti I cambia sus nombres en el mundo de Osiris, en Abydos y en su tumba por el de Osiris. Pero hasta la vigésima sexta dinastía no repugnó el pronunciar el nombre y dibujar la imagen de Set, y mucho menos el venerarlo.

restablecer los buenos tiempos antiguos retrocediéndose para ello hasta los comienzos de la historia egipcia, hasta la época del Antiguo imperio que, según se creía, era continuación de la dominación de los dioses sobre la tierra, que, a los ojos del pueblo, aparecía rodeada de un nimbo santo y milagroso y en la cual nacieron ó fueron descubiertos los preceptos y las manifestaciones religiosas y las leyes de la ciencia y del arte. Realmente aquel había sido un período de pacífica y no turbada prosperidad durante el cual Egipto, sin cuidarse de sus vecinos, siguió su camino propio. Revivió, pues, la memoria de Menes, Senda, Snofru, Chufu, Cha'fre', Sahure' y otros, y fueron venerados ardientemente los antiguos constructores de las pirámides (1), cuyos idioma y escritura fueron restablecidos; por eso todas las inscripciones desde Psammético están redactadas en un egipcio arcaico artificialmente resucitado. Ciertamente no se construyeron pirámides, pero las inscripciones y las esculturas de las tumbas están, en su mayor parte, tomadas de los mastabas; así es que volvemos a encontrar escenas de pesca, de labranza, de ganadería, descripciones del sacrificio de los muertos y formas de sepulcros de los tiempos primitivos. La vida política tampoco pudo librarse de esta corriente. Los títulos usados en la corte de Chufu, que hacía mucho tiempo habían desaparecido en gran parte, fueron restablecidos, apareciendo de nuevo el Egipto lleno de «consejeros secretos de la palabra de los dioses,» «confidentes del rey,» «presidentes del palacio» y «de la corte,» «primeros después del rey,» «guardadores de la corona,» «tesoreros mayores,» «presidentes de escribitores» y todas las demás dignidades huera, incluidas las de maestro de música y peluquero del Faraon (2). Y llevóse esto a tal exageración, que cuando nos encontramos delante de ciertos monumentos casi vacilamos, en el primer momento, en afirmar si pertenecen a los comienzos ó al fin de la historia egipcia.

Pero el espíritu de la realidad actual reclama sus derechos; y así en medio de aquella atmósfera arcaica aparecen por todas partes realidades muy diferentes y a menudo poco en armonía con el ideal. El renacimiento artificial de la escritura y del idioma antiguos, cuyas leyes no se conocían ya, fué causa de que las inscripciones jeroglíficas contengan equivocaciones lamentables y de que la ortografía fuese haciéndose cada vez más bárbara. Al propio tiempo se levantó con ello una Nueva barrera dentro de la nación misma. En efecto, hasta entonces el lenguaje oficial de los monumentos y de la literatura solo hasta cierto punto se había relacionado con el lenguaje corriente, por más que se hubiese intentado conservar incólume la fraseología clásica del imperio Medio, y durante el Nuevo imperio se había llegado a emplear en los documentos oficiales de los monumentos y en las paredes de los templos el moderno lenguaje popular, que podemos llamar neo-egipcio; pero luego vino la revolución y desde entonces el lenguaje de la vida común vuelve a diferenciarse notablemente de los dialectos del Nuevo imperio y se adopta para los monumentos el idioma del imperio Antiguo. Para los fines de la vida ordinaria, del tráfico mercantil y aun del gobierno ya no se utilizan los jeroglíficos; desde el período etíope aproximadamente—por lo menos de él datan los primeros documentos que han llegado hasta nosotros—se escribe el lenguaje

(1) Como dato importante hay que tener en cuenta que el rey Pisebcha'ennu, de la vigésima primera dinastía, cita como obra de Chufu un pequeño templo de Isis, «la señora de las pirámides,» entre la gran esfinge y la pirámide de Cheops (Petrie: *Pramids of Gizeh*, pág. 65; véase más arriba). Nada demuestra más claramente cuán poco conocían los griegos el Egipto como el hecho de presentar a los constructores de pirámides como tiranos ímpios ó de referir, por ejemplo, que Tefnact maldijo la memoria de Menes. Estas no son narraciones populares de su tiempo, sino invenciones de los griegos.

(2) Mariette: *Mon. div.*, 28 d, 77 i.

vulgar en una escritura cursiva formada de la hierática, que se llama escritura epistolar ó popular (demótica). Esta escritura es la única que se usa para todos los fines profanos, procedimientos judiciales, contratos de compra-venta, cartas y despachos y para todo lo concerniente a la administración, y aun en tiempos posteriores se desarrolló una literatura demótica popular. En cambio el idioma y la escritura sagrados, únicos que permiten comprender la literatura y la ciencia tradicionales y conocer los secretos de la religión, son del dominio exclusivo del sacerdocio. El «colegio de la casa de la vida» (3), que los griegos traducen por hierogramáticos, «escriitores de la escritura sagrada,» es el guardador de los preceptos de la escritura del «discurso de los dioses» (4) y del idioma sagrado, desconocido para los laicos. Todo el que aspiraba a ser sacerdote, tenía que hacer sus estudios en una escuela de los «conocedores de las cosas;» estos eran los únicos que estaban en posesión de la elevada ilustración tradicional; ellos enseñaban la manera de redactar las inscripciones de los templos y de los sepulcros y componían los cánticos en alabanza de los dioses y del rey. También por este lado existía una separación completa entre lo sagrado y lo profano; consecuencia de ello era que el vulgo ignoraba por completo lo que significaban la ciencia y la religión que la tradición había transmitido y cuyas formas observaba con supersticiosa exactitud, mientras que el sacerdocio se divorciaba cada día más del pueblo y vivía en un mundo quimérico cuyos fantásticos ideales no podían nunca ser llevados a la práctica.

Análogo estado de cosas encontramos en la esfera de la organización política, en la cual vemos usados—prescindiendo de los sacerdotes—los hermosos cuanto hueros títulos del Antiguo imperio (5). Los «grandes del Sur» y los príncipes de distritos del imperio Medio desaparecen por completo (6), y fuera de los de visir y presidente del Tesoro apenas encontramos un título de empleado que recuerde tiempos más antiguos. La administración fué indudablemente en extremo burocrática y corrió, como en la época griega, a cargo de los funcionarios reales y quizás de los oficiales de ejército, no necesitándose para ella más que la escritura profana, es decir, la demótica. Los empleados no fueron, en su mayoría, egipcios sino libios, compatriotas del rey. El centro del imperio estaba entonces en el Norte; el valle del Nilo, asiento principal de los elementos egipcios, era simplemente un apéndice de aquel centro. En algunos casos los sacerdotes desempeñaban también cargos administrativos; los grupos de ellos que en la corte residían para consumir los sacrificios y rezar las oraciones, que volvían a ser indispensables y que, según el pensamiento oficial, debían dirigir y enseñar al rey, eran

(3) La «casa de la vida» (*per'anchi*) es mencionada a menudo en las inscripciones de Tolomeo (monolito de Mendes, líneas 23-24; inscripción de Kanopo, línea 34, de Damanhur: *Recueil*, IV, línea 7), pero pertenece a tiempos anteriores, pues que Darío la hizo restablecer por Uzahor. Con razón Erman, *Revista Egipcia*, 1883, 59, la busca en el sobrenombre que, según el *Génesis*, 41-45, tuvo José. Sus orígenes alcanzan a los últimos tiempos del período de los mercenarios, es decir, a la época en que apareció el demótico. También la encontramos mencionada en el monolito Bentesch, línea 9.

(4) Así llama a la escritura jeroglífica el texto jeroglífico de las inscripciones de Roseta y de Damanhur (en griego *ἱερά γράμματα*, y lo propio Herodoto, II, 36), al paso que la inscripción de Kanopo dice muy gráficamente «escritura de la casa de la vida.»

(5) A esto se debe que a pesar de la abundancia de títulos, tan pocos datos positivos podemos sacar de ellos. No obstante, el que estudiara más detenidamente de lo que a nosotros nos ha sido posible el tan diseminado y abundante material, de seguro podría obtener algún resultado provechoso.

(6) Sin embargo, se encuentra en Piehl, *Inscriptions*, p. 95 A, un «jefe de distrito de Dep (Buto),» del tiempo de Apries, que lleva el título usual de príncipe, tesorero, amigo, etc.